

Curvamos nuestras frentes coronadas
de áureas estrellas y de blancas rosas,
sobre el espejo astral de la laguna,

y juntas se llevó nuestras miradas
á Venecia de ensueño fabulosas
en su dorada góndola, la Luna.

XXIII

Engalana tu testa la guirnalda
del dorado cabello que deshecho
aletea en la nieve de tu pecho
y rueda sobre el mármol de tu espalda.

Frente al espejo, te sonrojas, viendo
temblar en él tu desnudez perfecta,
mientras la rosa de tu seno, erecta,
al calor de los dedos se va abriendo.

De pronto, toda pálida, vacilas,
curvas el torso que en su anhelo atrae
á algo invisible que tu ardor provoca,

y se ponen en blanco tus pupilas;
y en un estéril beso se contrae
el clavel encendido de tu boca!

XXIV

Eres al par insinuanté y fiera...
Tiene tu cuerpo ágil é indolente
vagas ondulaciones de serpiente
y flexibilidades de pantera.

En tu pálida faz, los labios rojos
en una invitación de amor florecen,
y bajo las pestañas fosforecen,
con verdor de cantáridas, tus ojos.

La tibia pulpa de tu piel suave
exhala un acre y penetrante aroma...
Cuando tu iris el placer dilata

finje tu voz, entrecortada y grave,
temblorosos arrullos de paloma
y rosnidos histéricos de gata.

XXV

Bajo mis resoplidos encelados
y mis foscas narices dilatadas,
en un beso fundidos y enlazados
sobre las silenciosas almohadas,

todo tu cuerpo era un parpadeo
de púdicos y frágiles carmines,
que volaban al soplo del deseo
en un deshojamiento de jazmines.

En un temblor profundo é infinito
palideciste. Con la faz inerte,
— ¡Mátame! — suspiraste, dando un grito,

en tus entrañas al sentirte herida
de esa herida inmortal que no da Muerte
y en cambio sirve para darnos vida!

XXVI

La noche sorprendiéonos frente á frente
en el silencio ambiguo de un enfado...
Yo contemplaba tu perfil amado
esfumarse en las sombras lentamente,

presintiendo tu labio displicente
en un rictus de orgullo levantado,
tu adusto ceño y tu mirar helado,
y hasta la leve arruga de tu frente.

Y mi orgullo saltó roto á pedazos,
y hacia ti me arrojé de angustia opreso;
pero al querer prenderte entre mis brazos,

todo tu sér desvaneci6se en sombra,
y en el silencio deshojó mi beso
sus lágrimas de amor sobre la alfombra.

XXVII

Se sumergió mi lúbrica quimera
en el sedoso mar de las tinieblas
con que la noche de mi lecho pueblas
al desatar tu larga cabellera.

Rasgué con mano trémula los lazos
del cendal que tus ébanos velara,
y de orgullo temblé, cual si gozara
á la Noche desnuda entre mis brazos.

En la viciosa obscuridad moría
tu voz. El alma en las tinieblas era
como un lirio que cierra su albo broche,

mientras clavados sobre mí veía
fosforecer tus ojos de pantera
en las negras pestañas de la Noche.

XXVIII

La sombra del jardín nos envolvía,
y todo parecióme á nuestro lado
por algún genio amigo conjurado
para que fueras, como fuiste, mía.

La tiniebla aumentaba á cada instante...
Sólo tus joyas y tus lentejuelas
en el mar de las sombras circundante
dibujaban fosfóricas estelas.

Entre las ramas nos hallamos presos:
dejaron de brillar tus avalorios,
y temblando de amor y ebrios de besos,

juntos rodamos sobre el negro piélago...
¡Y la noche cubrió tus desposorios
con sus velludas alas de murciélago!

XXIX

OFRENDA

Desde el bronceo trípode sagrado
suben al cielo en espiral de aromas,
la sangre de las candidas palomas
y el humo del incienso perfumado.

Entre las ascuas arde lentamente
el alma de la hija de Cyniras,
mientras danzan doncellas, y se siente
un gemido de flautas y de liras.

Luchar no puedo, Amor, con tus hechizos,
y á la sombra inmortal de tus laureles,
sueño en el mármol de tus miembros tersos.

Y para ornar la noche de tus rizos
vuelan á ti, ebrias de himetas mieles,
las abejas de oro de mis versos.

NOCTURNO DE LLUVIA

